

HECHIZO DE CUBA

Por RAFAEL HELIODORO VALLE

Vida Universal, Montevideo

125

FUE en mi primer libro de lectura, el de Mantilla, en donde ví por vez primera el rostro de Cuba. Nunca olvidaré aquella oración "Al pasar su cadáver" en homenaje a don José de la Luz y Caballero, ni los versos de Plácido. En mi casa oí hablar frecuentemente del viaje de María Ferrari a La Habana, como invitada de doña Genoveva Guardiola de Estrada Palma; y supe después que muchos cubanos eminentes habían vivido en Honduras, cuyas palmas y bohíos les regalaba, para su consolación en el exilio, la imagen geográfica de Cuba.

Más tarde en la modesta biblioteca de mi abuelo —quien vivía en el fondo de las montañas hondureñas— encontré un ejemplar de la primera edición de los poemas de José Joaquín Palma: mi madre me regaló después un volumen de la revista "La Patria", del colombiano Adriano Páez, en que aparecían una correspondencia de José Martí sobre la muerte del Presidente Garfield y el prólogo a los versos de Palma por Ramón Rosa: "No he visto a Cuba, pero me la imagino..." Los versos del poeta de Bayamo me revelaron la existencia de un idioma misterioso, el de la Poesía, y también de muchos sitios de nombre musical: Yara, Yumuri, Decía Palma:

*¡Oh Cuba, Cuba hechicera,
del mar adorada esposa!
Qué hiciste la estrella hermosa
que llevaba tu bandera?*

En la casa de mi abuelo había cristales y manteles que había comprado en La Habana por intermedio del comerciante catalán don José Juliá, quien en el puerto de Trujillo vendía a la plaza habanera el ganado que periódicamente le enviaba mi abuelo, y cuyo producto se convertía después en cargamentos de mercaderías que llevaban hasta la ciudad eglógica de Yoro las recuas de treinta a cuarenta mulas.

Mi abuelo no conoció La Habana, pero en ella se surtía de vinos y tabacos. Tenía miedo horrendo al mar. "En el mar se van a pique muchos barcos"

—me dijo una vez. Se refería al Mar Caribe, sobre todo, el mar que puso en el alma de Colón, en su cuarto viaje, más pánico que el que tuvo por primera vez cuando se metió en tres carabelas hacia lo desconocido. El Caribe, que el Almirante repasó tantas veces, una de ellas cuando es detenido en la Isla de los Pinos para bogar hacia el sur, en donde halló una costa dorada de sol y suave de brisa. No creo provocar una tempestad si afirmo que los primeros pavos que comieron los cubanos precolombinos o los contemporáneos de Diego Velázquez, fueron llevados de la Guanaja y a buen seguro que por eso al pavo le llaman "guanajo" en Cuba. Que hay mucha sangre hondureña en la de los cubanos, ni duda cabe, si se recuerda que los primeros piratas del Caribe, españoles por cierto, salían con frecuencia en el siglo XVI hacia las islas y las costas de Honduras en busca de indios que se dejaban capturar con engaños, para llevarse a trabajar en las plantaciones cubanas, en donde ya escaseaba la mano de obra indígena. No se trata, pues, de reclamar la devolución de aquellos indios, sino de anudar vínculos.

Más tarde, asomado a un horizonte más amplio, el de las letras hispanoamericanas, en nuestra aula y a través de las "Lecciones de Retórica y Poética" de Francisco Castañeda, se me aparecieron fragmentariamente algunos poetas y prosistas cubanos. Y luego me embriagué con los poemas de Julián del Casal y las prosas de Manuel de la Cruz. Hojé con encanto y amor las páginas de "El Correo de Ultramar", en donde conocí grabados sobre hazañas y episodios de la guerra insular y no sé en cuál libro las estampas que reproduce el Teatro Tacón en sus días estentóreos, los cañaverales, los ingenios y, naturalmente, el Morro de La Habana, que es, con la estatua de La Libertad en Nueva York, una de nuestras imágenes familiares. Al estudiar la historia de Centroamérica aparecieron ante mi emoción: Cristóbal de Olid, el conquistador de Honduras que en su viaje desde Veracruz estuvo en La

Habana confabulándose con Diego Velázquez en contra de Hernán Cortés; Alejandro Ramírez, uno de los gobernantes ejemplares que tuvo España en América y que en Honduras dejó huellas de civilizador; y en

las primeras décadas del XIX el Arzobispo de Guatemala, señor Casaus y Torres, a quien expulsó Morazán apenas entró triunfalmente en Guatemala, obligándose a residir en la capital habanera muchos años.

abio*/5*

En los islarios, en las cartas de marear, en los libros sobre piratas, en la poesía, en los diarios de bitécora y en las estampas que el historiador de La Habana preserva en uno de los viejos edificios, está la fisonomía de la ciudad que, con Río de Janeiro, enciende sus faros en el aire lleno del áspero aroma de la rosa náutica.

Su más auténtico perfil centurial, cuando la noche se adensa sobre los miradores y Labrador Ruiz detiene sus fantasmas, está la plaza de la Catedral. En un recodo se enseña aún al viajero alucinado el balcón férreo en donde fué ahorcado un pirata. A pocos pasos está el museo de la ciudad, con reliquias que reconstruyen parte de su biografía, la cual tiene, entre otros relicarios, el libro de Irene A. Wright y "San Cristóbal de La Habana" de Jorge Mañach.

Han pasado miles de viajeros ilustres —los de primer orden, Humboldt, Alfred de Valois, la Marquesa Calderón de la Barca— que han escrito sus emociones; pero ninguno ha podido trazar la semblanza de la ciudad embrujadora. Porque ella viaja constantemente y regresa con la inquietud cotidiana que recogen otras ciudades, para darse orgullo de ser moderna y colonial, recatada y sibarita. Sus tiendas, sus avenidas, los sitios en donde el paladar goza y se enardece saboreando las aguas frutales más exquisitas, y los merenderos en donde a la noche se oyen músicas errantes, oceánicas; todo concurre a justificar el rango de La Habana entre las ciudades en que la vida canta y da la ilusión de que en ella no hay problemas. En los cafés hay alborozo sin fin y el mar hace el servicio de ronda. El Mar Caribe que en ciertos meses se enfurece y pone pavor en el pecho de los navegantes osados. El mismo mar por donde Colón pasó tantas veces, buscando el marfil y la canela, y de repente exclamó

que esa era "la tierra más hermosa que mis ojos han visto".

La Habana es sirena varada.

Su hermosura histórica empieza en aquel día en que Hernán Cortés se hizo a la mar hacia occidente, en busca de un imperio desconocido. En ella se dieron cita las gentes de todas las latitudes, las flotas henchidas de cosas disímiles, las maderas raras y los metales codiciados por el árabe y el judío, el flamenco y el genovés. En La Habana se siente el pulso de los cuatro puntos cardinales, el ritmo de todas las sangres, las palpitaciones del ébano y el marfil.

De pronto, más allá de la noche, sobre La Habana encendida, estalla un tumulto de voces que se derraman como embriagadas de sí mismas. Grupos humanos izando farolas vienen por la calle, no se sabe de dónde, hacia dónde. En el interior de un palacio, el Cuerpo Diplomático se apretuja en un gran baile en que el embajador de la Arabia Feliz, a pesar del calor que hace sudar a los mármoles, luce sus gruesas ropas de algodón y el Rey del Tabaco baila desesperadamente un danzón. El son de güiros y maracas en la calle, nos llama la atención hacia uno de los espectáculos que nunca se olvidan. Songo, cosongo, rebambaramba, son de Senegambia, huracán, terremoto.

Son las comparsas las que había yo conocido en los retablos de Fernández de Castro —y en un apunte de Miguel Covarrubias. A medida que avanzan, con su ritmo ritual, en lenta procesión, la noche hace lucir sus diademas airosas. Los negros lucen sus rostros más solemnes, sus atavíos pomposos, cantan y cantan en un idioma que viene de Guinea, de Madagascar, de Mozambique: un idioma áureo, purpúreo, mágico. Es una sucesión de alaridos, como inefable morir de frenesíes hacia los confines del sueño. El príncipe africano, el carabalí ululante, el Duque de la Polinesia, van pasando con sus emblemas, sus sombreros de copa, sus levitas verdes, sus risas blancas, sus nostalgias azules. Son diez, son cien, son todas las tribus refugiadas en la isla de azúcar y de luceros sobre las palmas. Se detienen, avanzan, se saludan. Es la fiesta de los carnavales en delirio, algo así como la resaca de un mar en

MONIO
ENTAL
HISTORIADOR
DE LA HABANA

3

127

furor. Las altas farolas lucen en sus vidrios la llama de las fiestas milenarias. Jamás podré olvidar el andante de aquella sinfonía humana en que toda la pasión cae sobre la danza, haciéndole crepitar, quemando en pebeteros invisibles la brasa y el aroma, la melancolía y el oro puro de la noche insular.

